

AÑO 15

# LA ORTIGA

REVISTA CUATRIMESTRAL DE ARTE, LITERATURA Y PENSAMIENTO

---

Nº 99-101

EDITORIAL LÍMITE, 2010

## LA ORTIGA

REVISTA CUATRIMESTRAL DE ARTE, LITERATURA Y PENSAMIENTO

**DIRECCIÓN:** Antonio Montesino

**COORDINACIÓN EDITORIAL:** María Montesino y Mary Roscales

**CONSEJO DE REDACCIÓN:** María Antonia de la Iglesia y Ramón Maruri

**DISEÑO GRÁFICO & MAQUETACIÓN:** a.montesino

**ADMINISTRACIÓN:** María Pérez Incera

**EDITA:** *editorialLímite* / Glocalia. Taller de Antropología Social de La Ortiga [14]

**PREIMPRESIÓN:** Génesis (al cuidado de Francisco Antuña)

**IMPRESIÓN:** Bedia Artes Gráficas, s.c.  
San Martín del Pino, 7  
39011 Peñacastillo (Santander)

ISSN: 1136-3614  
D.L.: SA-150-1996

- © De esta edición: *editorialLímite*
- © De los textos: Los autores
- © De las ilustraciones: Los autores y sus herederos o albaceas

**REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN**  
Tantín, 33. 6º A  
39003 Santander (Cantabria) ESPAÑA  
Telf.: 00 34 942 219 913  
e-mail: laortiga2002@yahoo.es

**LA ORTIGA** coordina el **EL OBRADOR DE SUEÑOS.**  
Taller de Poesía Visual de La Ortiga en la Obra Social de Caja Cantabria

Esta revista ha recibido una ayuda de:

LA DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO, ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS  
(para su difusión en Bibliotecas, Centros Culturales y Universidades de España,  
para la totalidad de los números editados en el año 2010)  
y de la OBRA SOCIAL DE CAJA CANTABRIA y la CONSEJERÍA DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTE DEL GOBIERNO DE CANTABRIA

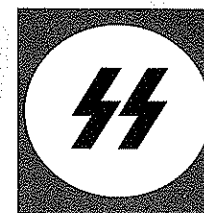


obrasocial  
CAJA CANTABRIA

# UNIVERSOS CONCENTRACIONARIOS

## . 2 .

LITERATURA TESTIMONIAL, MÚSICA, TEATRO, CINE  
Y TANATOPOLÍTICAS DEL UNIVERSO CONCENTRACIONARIO NAZI



EDICIÓN A CARGO DE  
Antonio Montesino  
Mary Roscales  
José Mediavilla

## Glocalia 15

Taller de Antropología Social de La Ortiga

— HOMENAJE A VICTOR KLEMPERER Y ROBERT ANTELME —



ÍNDICE

- 009 (Con)citaciones introductorias
- 011 PAZ MORENO FELIU  
La humillación como ritual iniciático.  
El proceso de deshumanización de las víctimas
- 031 ALBERTO SUCASAS  
Del cuerpo concentracionario
- 043 GUILLERMO RENDUELES  
Locos, demonios o burócratas: los asesinos de masas nazis
- 079 REYES MATE  
Primo Levi, el testigo.  
Una semblanza en el XX aniversario de su desaparición
- 097 TOMAS BOROVSNSKY Y EMMANUEL TAUB  
Biopolítica y nazismo: una lectura del genocidio moderno
- 113 IGNACIO MENDIOLA  
Lectura biopolítica de los campos antes y después de Auschwitz
- 127 JOSÉ ANTONIO ZAMORA  
Estética del horror. Negatividad y representación después de Auschwitz
- 147 PATRICIO A. BRODSKY  
El uso del eufemismo en la jerga política nazi:  
de la exclusión de la lengua al exterminio de los sujetos
- 157 JAIME VÁNDOR  
Los campos en la literatura.  
Reflexiones y ejemplos de la narrativa concentracionaria

- 177 MIRTA MAIDANA  
El teatro olvidado de los guetos. Las ligas culturales judías 1933-1941,  
y los guetos de Terezín, Vilna y Varsovia 1940-1945.
- 189 FRANCISCO RAMOS  
Música en el Lager: creación y aniquilamiento
- 215 VICENTE SÁNCHEZ-BIOSCA  
Sombras de guerra: las imágenes cinematográficas de la shoah
- 237 STEFAN ZWEIG  
Dos cartas inéditas  
(Introducción y traducción de Ana M<sup>a</sup> Cartolano)
- 242 HANS MAGNUS ENZENSBERGER  
Los desvanecidos
- 243 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS
- 244 LEER, ESCRIBIR, EDITAR, DIFUNDIR Y DELIBERAR: MEMORIA PATRIMONIAL,  
COMPROMISO CÍVICO Y SOBERANÍA CULTURAL EN EL PROYECTO DE LA ORTIGA
- 244 Fondos bibliográficos de *La Ortiga* sobre el Universo Concentracionario nazi
- 247 Películas y documentales exhibidos en los foros de *La Ortiga* sobre la Shoá
- 248 Músicas del Universo Concentracionario nazi programadas  
en las audiciones de los foros de *La Ortiga*
- 249 Los trabajos, los días y las resistencias. Patrimonio material e inmaterial  
de un proyecto cívico de soberanía cultural
- 253 Colofón

"La dedicatoria de la *Neue Wache* 'a las víctimas de la guerra y el dominio de la violencia' ha consagrado una intolerable abstracción que junta y revuelve a víctimas y verdugos. A cambio, la idea de señalar sólo a los judíos asesinados se atiene a un particularismo que deja de lado a las víctimas pertenecientes a otros grupos. Al menos implícitamente esto parece añadir contra los Sinti y Roma, contra los presos políticos, los enfermos mentales, los homosexuales, los Testigos de Jehová y los desertores, una injusticia que pide reparación (...). La intuición de ese especial significado social y cultural que han tenido los judíos para nosotros los alemanes no debería neutralizar el inobjetable imperativo moral de respetar por igual a todas las víctimas al recordarlas".

JÜRGEN HABERMAS

"La muerte existía aquí codo a codo con la vida, pero a cada segundo. La chimenea del crematorio humeaba al lado de la cocina. Antes de que llegásemos aquí había habido huesos de muertos en la sopa de los vivos, y el oro de la boca de los muertos y el pan de los vivos se intercambiaban desde hacía largo tiempo. La muerte estaba formidablemente adiestrada dentro del circuito de la vida cotidiana".

ROBERT ANTELMÉ

"La LTI se centra por completo en despojar al individuo de su esencia individual, en narcotizar su personalidad, en convertirlo en pieza sin ideas ni voluntad de una manada dirigida y azuzada en una dirección determinada, en mero átomo de un bloque de piedra en movimiento. La LTI es el lenguaje del fanatismo de masas. Cuando se dirige al individuo, y no sólo a su voluntad, sino también a su pensamiento, cuando es doctrina, enseña los medios necesarios para fanatizar y sugestionar a las masas".

VICTOR KLEMPERER

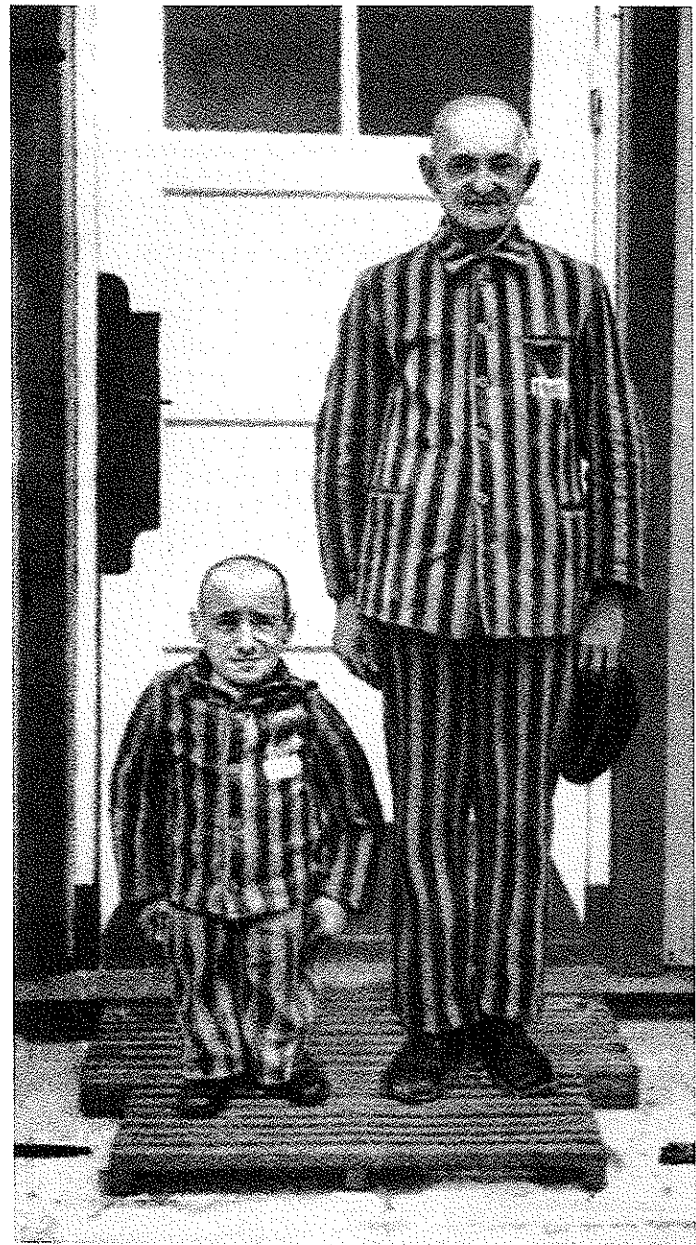
"Los límites de decencia se desplazan peligrosamente. En nuestras fronteras orientales empieza a ser problemático o embarazoso honrar a las víctimas de la Shoah o el fascismo, y se reavivan de forma irresponsable los odios nacionales y étnicos que ensangrentaron y mutilaron las fronteras (...).

Los responsables de este retroceso no son forzosamente los representantes del partido descendiente del fascismo (...). La responsable de esta involución es una nueva clase chabacana, alejada del fascismo histórico y de su tragedia e indiferente a todo valor democrático y civil, al propio sentido del compromiso político como valor y a cualquier idea. A esta clase política —y no sólo política—, con la conciencia abotargada, le trae sin cuidado lo que ocurrió (...); y ha comprendido que, por fin, puede airear sin tapujos ese pasotismo, que antes estaba frenado por las normas morales interiorizadas, aceptadas o hasta sufridas (...). Es como si amplios grupos de paletos morales, alentados por la desaparición de la elegancia —que hace que nuestra sociedad se parezca al mundo dostoiévskiano del 'todo está permitido', descubriesen que, por fin, se les permite meter el dedo en la nariz incluso en la mesa, y se precipitaran a hacerlo".

CLAUDIO MAGRIS

# BIOPOLÍTICA Y NAZISMO: UNA LECTURA DEL GENOCIDIO MODERNO

Tomas Borovinsky y Emmanuel Taub



*"mediante su sofisticada cháchara existencial el crítico quería sustraerse a la confrontación con el horror. Ahí radica, en medida nada desdeñable, el peligro de que el terror se repita, en mantenerlo lejos de nosotros y apartar con violencia a quien ose hablar del mismo, como si el culpable fuera él, por ser tan poco delicado y no los autores".*

THEODOR W. ADORNO

La relación entre modernidad y genocidio acompaña gran parte de las más interesantes conceptualizaciones que pretenden no sólo un complejo análisis de las prácticas genocidas, sino también un abordaje sugestivo sobre la propia modernidad.

En este sentido, el aporte de la escuela francesa sobre la biopolítica es una fundamental malla de inteligibilidad para comprender tanto el marco en el que se despliegan los genocidios modernos, como así también a la propia modernidad desde los genocidios. Es por ello que desde esta supuesta fisura podremos captar y clarificar algunas cuestiones en torno a nuestro tiempo.

Según Michel Foucault, la biopolítica constituye una innovadora tecnología de poder que viene a intervenir y regular las poblaciones humanas, tomándolas a éstas como especie biológica, gestionándolas y gobernándolas por medio de herramientas modernas tales como la medicina, la demografía, la higiene pública o el urbanismo. Para Foucault, en el siglo XIX la vida biológica del hombre pasa a ser tomada en cuenta por el poder como nunca antes para su regulación.

Pero antes de adentrarnos en este somero análisis de las prácticas biopolíticas y su relación con la modernidad y el genocidio, recapitulemos algunos siglos buscando el origen histórico de esta tecnología de poder, marcando la ruptura y la distancia con el régimen anterior, que nos clarificará seriamente sobre las características de la biopolítica y sobre la administración de la vida y la muerte en la modernidad.

Foucault postula que, a grandes rasgos, encontramos dos "paradigmas" de poder al analizar la historia francesa y europea: el poder soberano y el biopoder. El primero, sería el poder de las monarquías europeas, que predominaría —como tecnología de poder— hasta el siglo XVI y principios del XVII. Este tipo de poder, este paradigma, estaría caracterizado por una determinada forma de castigo, por una determinada forma de matar distinta a las formas que advendrían con el tiempo. En la era del poder soberano, dice Foucault, el poder se afirmaba a sí mismo "haciendo morir y dejando vivir". Esto significa que el poder soberano manifestaba su fuerza reclamando su derecho de vida y muerte, en forma desequilibrada, del lado de la muerte.

Si decimos que el poder soberano tiene sus propias técnicas de poder distintas a las que advendrán y predominarán en la era del biopoder es porque cada “paradigma” tiene sus propias reglas. En la era del poder soberano, el derecho de muerte es efectivizado en la plaza pública donde, el suplicio es expuesto a los ojos de todos a modo de ejemplo. Esto nos indica, desde ya, una clara diferencia con la forma del “hacer morir” de nuestra era del biopoder, donde la muerte parece “avergonzarnos” y es realizada a escondidas (Foucault, 1989; Ariès, 2007). Todos sabemos qué ocurre, pero por alguna razón es invisibilizada. En la soberanía, el súbdito no está por pleno derecho ni vivo ni muerto.

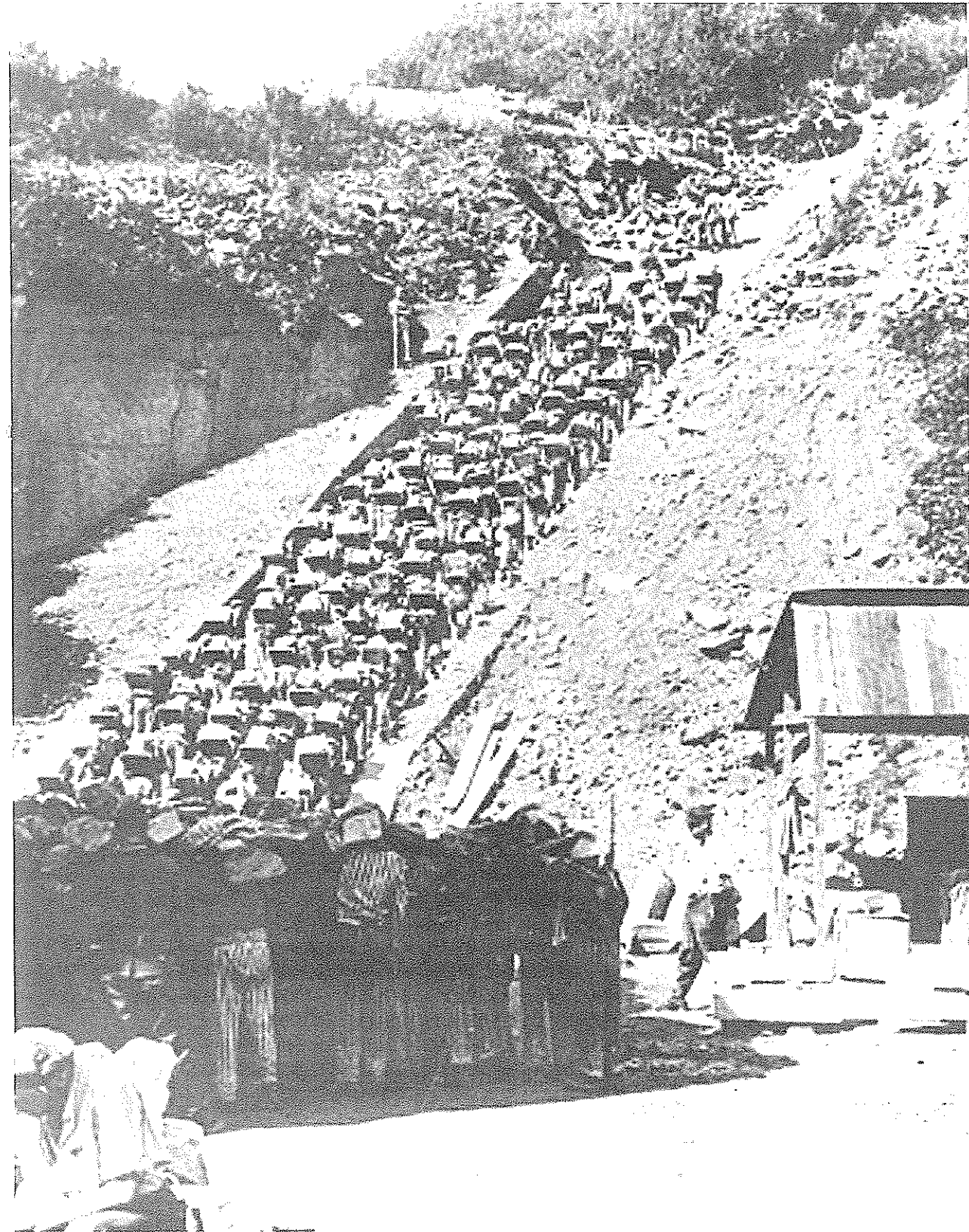
Pero esta tecnología encuentra serios límites a partir de ciertos fenómenos de la época que marcan, no el fin de la soberanía, sino más bien su reemplazo como sistema de poder dominante. Estos límites o, en palabras de Foucault, “inoperancias” son debidas a cambios en la Europa de la época tales como la revolución industrial y la explosión demográfica que impedían que un régimen de poder tan poco complejo y diferenciado desde el punto de vista moderno como el poder soberano, hiciera frente a las nuevas realidades objetivas europeas.

En este sentido, entre los siglos XVII y XVIII, explica Foucault, se va forjando la primera dimensión del biopoder: la anatomopolítica. Estas técnicas de poder que Foucault denomina anatomopolítica son las técnicas que actúan sobre el detalle, sobre el hombre-cuerpo, sobre el cuerpo de los hombres en forma individualizadora buscando disciplinar sus comportamientos, transformarlos en cuerpos dóciles. Lo que se produce, como explica Foucault, es la imposición de una relación docilidad-utilidad aplicada sobre el cuerpo. Y es justamente a través de la disciplina como se llega a este cometido. “El cuerpo humano entra en un mecanismo de poder que lo explora, lo desarticula y lo recompone. Una ‘anatomía política’, que es igualmente una ‘mecánica del poder’” (Foucault, 2004: 141).

Por ello, para transformar a ese ex campesino inglés –por ejemplo– expulsado del campo debido a las apropiaciones colectivas masivas hacia la ciudad, en un obrero, en un trabajador, se le deben aplicar prácticas de disciplinamiento y normalización que el poder soberano no está capacitado para realizar. Parafraseando a Gilles Deleuze, podríamos decir que lo que al poder soberano se le escapa es la fuga efectuada por aquellos proto-trabajadores que no pueden más que rechazar el trabajo que les es impuesto. Éstos son los inadaptados que plantean un desafío a las funcionalidades requeridas por las nuevas demandas sociales y administrativas. Éstos son los desafíos que ponen en jaque al modelo del poder soberano, laureándolo de inoperancia práctica, motivando la creatividad del hombre, haciendo emerger nuevas técnicas de intervención social.

El poder soberano deviene inoperante para realizar este tipo de prácticas de intervención sobre los hombres, en forma individual y colectiva, con mayor precisión. Después de todo, ¿qué es capaz de hacer el poder soberano frente a esta inusitada situación? Evidentemente, es difícil, si no imposible, imponer la disciplina a través del suplicio. Cuando, además, el poder soberano se ve incapacitado de tratar con una figura nueva que surge a esta altura de la modernidad: la población.

La otra dimensión del biopoder se desarrolla entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, es denominada por Foucault como biopolítica. Esta biopolítica no intervendrá sobre el hombre-cuerpo directamente, sino más bien sobre los fenómenos masivos de población,



sobre el hombre como especie biológica. Es por ello que esta técnica de poder se apoyará en una nueva y múltiple figura que es la población. Es ella la que será incorporada por el poder en la medida en que, como indica Roberto Esposito: “La vida se vuelve en todos los sentidos asunto de gobierno, así como éste deviene antes que nada gobierno de la vida” (Esposito, 2005: 196). Asistimos entonces a la denominada estatización de lo biológico.

La biopolítica va a formar parte de aquel arte de gobernar occidental, de aquella *ratio gubernatoria* que se va constituyendo a partir de dos grandes conjuntos de tecnologías políticas. Por un lado, un conjunto constituido por procedimientos necesarios para lo que Foucault llama “la balanza de Europa”, técnica consistente en organizar disponer la armonización estatal de fuerzas, gracias a una doble instrumentación: una instrumentación diplomática, diplomacia permanente y multilateral, por un lado, y por otro, la organización de un ejército profesional” (Foucault, 2006: 356).

Y por otra parte, la segunda tecnología Política –que junto al anterior constituye el nuevo arte de gobernar– es la policía. De esta forma vemos cómo se va forjando el nuevo orden biopolítico reorganizando y distribuyendo –dicho esto muy a grandes rasgos– las fuerzas concretas desde el exterior (la diplomacia) y desde el interior (la policía). Siendo, por cierto, esta relación de instrumentalización articulada por un tercer factor fundamental: la estadística (una estadística que será clave para la modernidad en general y para el nazismo en particular). Como señala Foucault, para que el equilibrio se mantenga en Europa es necesario que todos los Estados puedan tanto conocer sus propias fuerzas como apreciar las fuerzas de los otros y establecer comparaciones para “controlar y mantener el equilibrio” (Foucault, 2006: 361). No hay gobierno posible en la modernidad sin la estadística: porque la policía –como escribe Foucault– hace necesaria la estadística, pero también la hace posible. De lo que se trata es de administrar los conflictos y aprovechar las catástrofes.

Es así como podemos considerar a la propia biopolítica en el marco del proceso de neutralización político-estatal que se produce en los últimos siglos en Occidente. Éste es un nuevo paradigma de gobierno signado por la “administración total” –en palabras de Hannah Arendt– que al aplicarse a la especie humana se denomina biopolítica, hallando sus raíces más profundas en un proceso de neutralización político-estatal, que se produce en la modernidad con el fin de encontrar un territorio neutral fuera de todo conflicto. De esa forma, según Carl Schmitt, el eje gravitatorio de cada momento de la modernidad pasa de la teología (en el siglo XVI) a la metafísica (en el siglo XVIII) y a la moral (en el siglo XVIII) hasta desembocar en la economía (siglo XIX) y coronar, finalmente, el proceso con la técnica en el siglo XX. Técnica que se erige como territorio neutral, supuestamente incapaz de generar conflictos en tanto que se trataría de una pura administración desprovista de toda violencia (Schmitt, 2005: 109).

Es por ello que la biopolítica es parte de la neutralizadora tendencia hacia la administración total que tanto temía Hannah Arendt; hacia el automatismo producto de una pacificación efectuada por el establecimiento del orden técnico en el siglo XX (Arendt, 1993: 37). De un orden técnico que al destituir el conflicto del territorio de la política coronará la política de la vida como la política fundamental, como un eje transversal que atraviesa aquel eje gravitatorio que era la técnica en el siglo XX según los desarrollos de Carl Schmitt.

En ese sentido, la biopolítica –como resultado de ese proceso de neutralización político-estatal– funcionará de forma distinta al poder soberano que por medio del suplicio instrumentaba, en palabras de Gilles Deleuze, una “divina comedia de los castigos” (Deleuze, 1987: 49). La biopolítica busca regular ahí donde el poder soberano quiere extirpar. La biopolítica es endémica, pretende –de la mano de la anatomopolítica– moldear y corregir para dar forma a la masa, para organizar la multiplicidad del caos alineando y ordenando las fuerzas. En palabras de Deleuze, ligando y capturando las líneas de fuga, integrando lo que no se quiere dejar integrar, capturando lo que chorrea, gestionando los encuentros (Deleuze y Guattari, 2002: 229 y 418).

De ahí que la biopolítica como gobierno técnico sea un regalo envenenado. Porque si bien en parte se erige supuestamente como un gobierno de la no-violencia (de la no-guerra, distinto al poder soberano), como un gobierno que busca moldear en lugar de extirpar, es el que facilita el camino para una verdadera extirpación colectiva cuando las condiciones así lo ameritan.

Con el triunfo de la técnica, cuando asistimos a aquella era que Schmitt percibiera signada por una brutal “economización del espíritu”, quedamos al acecho de la biopolítica como una pura administración de lo viviente. Y es así que las palabras de Schmitt se nos presentan más vivas que nunca cuando dice que “el progreso técnico no necesita ser progreso metafísico, ni moral, ni siquiera económico” (Schmitt, 2005: 137). Porque si, como indica Foucault, el fin del gobierno en un determinado momento de la modernidad se funda en la búsqueda del bienestar de la sociedad, ¿qué ocurre cuando para la conquista de este bienestar es preciso sacrificar aquello que retarda la felicidad que se avecina? ¿Qué hacer con los enemigos de la felicidad?

La biopolítica, por lo tanto, va a estudiar e intervenir sobre las sociedades entendiendo que ciertas enfermedades colectivas deben ser reguladas. Donde la población se erige como un problema político fundamental, la biopolítica es el nombre que lleva el intento por racionalizar la práctica gubernamental en la modernidad. La biopolítica va a estudiar a la enfermedad como fenómeno de población que debe ser normalizada e inmunizada. Surge lo que según Esposito es una nueva racionalidad donde la vida es el centro. El paradigma inmunitario se hace presente en la modernidad cuando la vida es incorporada por el poder, cuando “la política ha de poner a salvo a la vida misma, inmunizándola de los riesgos que la amenazan con su extinción” (Esposito, 2005: 170).

En ese sentido, el cuerpo del hombre es tanto receptáculo de la vida como de la muerte y por tanto es el centro de toda verdadera política colectiva. Pero es justamente esta visión de lo colectivo lo que marcará el lazo de la separación entre los cuerpos, porque hay una incorporación entre cada cual y el resto de las personas que masifica tanto como individualiza. Hay una unión en la separación, donde una comunidad es mantenida por su propia negación: la inmunidad<sup>2</sup>. Esta inmunidad será la que, sacrificando una parte, homeopáticamente, mantendrá al colectivo.

Si la anatomopolítica pretendía actuar sobre el detalle debido a la inoperancia del poder soberano, la biopolítica actuará en otra escala, sobre los fenómenos globales, teniendo en cuenta que habrá una clara conexión entre unos y otros en la práctica.

Estas dos dimensiones del biopoder serán las que conforman las denominadas sociedades disciplinarias y sociedades normalizadoras, donde la biopolítica abordará a los hombres a partir de aquellos procesos de conjunto que son propios de la vida biológica de los hombres.

Si el viejo poder soberano estaba caracterizado por el “hacer morir dejar vivir”, el nuevo modelo de intervención colectiva será “hacer vivir, dejar morir”. En este sentido, la biopolítica actuará bajo las formas de la regulación. No abordará lo social desde el punto de vista epidémico, sino que se manejará desde el paradigma médico de las endemias que deben ser reguladas; fenómenos tales como enfermedades que no desaparecen necesariamente, sino que son reguladas.

La muerte en la era biopolítica no se concibe como un acontecimiento que cae brutalmente sobre la vida, sino que se obra como si la muerte se deslizara por la vida de a poco. Como si la muerte debiera ser contenida y regulada. La biopolítica abordará los acontecimientos aleatorios que se producen en una población tomada en su duración, midiendo forma, naturaleza y extensión.

Pero entonces, todo esto nos suscita una pregunta: ¿por qué en la era de la biopolítica, y específicamente en el siglo XX, asistimos a semejante exhibición de atrocidades? ¿No dijimos acaso que el poder soberano moderno estaba caracterizado, a través de la biopolítica, en un “hacer vivir o dejar morir”? ¿Por qué matar, cuando lo que se busca es normalizar e inmunizar al colectivo como un todo? ¿A qué se refiere Foucault cuando dice que el nazismo fue a la vez la sociedad que más a fondo llevó la biopolítica, la muerte y la normalización?

## II

El nazismo es el proceso a través del cual se produce una radicalización del sentido y el espíritu del pueblo alemán. Es así que, desde un principio, Hitler tenía una idea que parecía ser bastante clara sobre el sentido del pueblo más allá de cualquier Estado. Sentido que recaía en la imagen del pueblo judío como pueblo no-normalizable y degenerado, por lo cual la necesidad de una biopolítica se volvía inevitable. Esta actitud es posible que la encontremos ya en 1925 en *Mein Kampf*, en donde se identifica que la doctrina judía “niega así el valor de la personalidad y de la raza y, de esta manera, elimina de la humanidad la premisa de su existencia y su cultura”. Es por ello que, según Hitler “aplicada como base del Universo, esta doctrina determina el fin de todo orden concebido por la mente del hombre” (Hitler 1925: 21).

El pueblo alemán está sostenido por la idea de la sangre como concepto rector del derecho y la unidad, es por ello que la santidad de la raza debe indisponerse con todo aquello que pueda resultar contaminante. El papel que toma en sí mismo el Estado nazi es el de reconocerse como un pueblo político-guerrero por antonomasia, un cuerpo político total y totalizante sostenido por la raza, la sangre y el “espacio vital” (*Lebensraum*)<sup>3</sup>. Como explica Franz Neumann en un trabajo tan anticipatorio como fundamental escrito en 1942, Alemania necesita justificar el “nuevo orden europeo” más allá del racismo o de la doctrina del imperialismo social. Orden basado en la conquista de “Estados atrasados” no-alemanes, la

doctrina del “espacio vital” fue el arma ideológica para su incorporación al Reich: “El espacio vital es una noción muy complicada que requiere cambios muy importantes en la política de población y una revisión completa de las concepciones tradicionales del derecho científico derivado de la geopolítica y tiene sus raíces en la tradición alemana que se remonta a la Edad Media” (Neumann, 2005: 158).

Neumann escribe, analizando el pensamiento de Karl Haushofer –quien fuera uno de los pensadores fundamentales de la geopolítica alemana e hiciera una síntesis de todas las ideas al respecto desde Rudolf Kjellen hasta su tiempo, 1942–, que el espacio vital para Alemania tiene que ser “Centroeuropa”, y la primera tarea política debía ser la restauración del espacio del Reich alemán: “Hay cinco diferentes espacios alemanes: 1) el espacio militar, [...]; 2) el territorio del Reich; 3) la masa compacta del suelo del *Volk* alemán –Alemania, el Pasillo Polaco, el País de los Sudetes, la Alta Silesia, Teschen, Austria, Alsacia-Lorena y la parte meridional de Dinamarca–; 4) la esfera de influencia del idioma y cultura alemanes, y 5) los espacios independientes flamenco y holandés” (Neumann, 2005: 171).

Entonces, se debe romper la escisión, pero no superándola, sino destruyéndola. Es por ello que Hitler indica que “el hecho de que el Estado judío no se ve sometido a límites territoriales, como es el caso de los Estados arios, se debe al carácter del pueblo judío, que carece de las fuerzas productivas necesarias para la construcción y la preservación de su propio Estado territorial” (Hitler, 1961: 1998).

Este no-sometimiento a un territorio, noción antitética a aquella con la que se fundara el Estado moderno –como la que señalara Carl Schmitt acerca del *nomos* de la tierra<sup>4</sup> y específicamente del pueblo alemán llevado a su máxima y destructora potencia por el nazismo, es reconocido por Hitler como parte de ese valor negativo del pueblo judío que hace necesaria su destrucción o desaparición, como purificación del pueblo alemán.

Es así, como explica Esposito, que el nazismo es el régimen totalitario del siglo XX, ya que marca el punto decisivo de la biopolítica desde su paradigma inmunitario. Éste, como explica el autor, condujo a la máxima antinomia al hacer que la vida se proteja y se desarrolle solamente ampliando progresivamente el “círculo de la muerte”, la *tanatopolítica*. La lógica de la soberanía se trastoca al producirse un traspaso de lo que clásicamente le pertenecía al poder soberano –el derecho de vida y muerte de los súbditos– ahora le pertenece a los ciudadanos del Tercer Reich: “La vida del pueblo alemán se convierte en el ídolo biopolítico al cual sacrificar la existencia de cualquier otro pueblo y en particular del pueblo judío que parece contaminarla y debilitarla desde adentro” (Esposito, 2006: 10).

Por su parte, y mostrando esto que hemos señalado, sirve como ejemplo uno de los escritos nazis más importantes y polémicos de Carl Schmitt. Publicado en 1933, *Staat, Bewegung, Volk. Die Dreigliederung der politischen Einheit*, nos introduce, entre otros elementos fundamentales para entender la política nazi, al vínculo insondable entre el concepto de raza, el de pueblo y el de Estado. Ya desde los inicios del artículo, Schmitt intenta demostrar de qué forma la constitución de Weimar pierde vigor frente al nuevo gobierno, cómo sus debilidades y neutralidad así como sus incapacidades afianzan la necesidad de revitalizar la política y volver a politizar a un “pueblo impolítico” a través del “movimiento nacionalsocialista”. Es así como –explica Schmitt– a través de la elección del parlamento



del 5 de marzo de 1933 el “pueblo [*Volk*] alemán ha reconocido a Adolf Hitler la conducción [*Führer*] del movimiento nacionalsocialista, la conducción [*Führer*] política del pueblo [*Volk*] alemán” (Schmitt, 2005: 258).

Schmitt saca a la luz la relación que se ha constituido entre el derecho y la política, específicamente, la unión entre el Canciller del Reich, Hitler, y el *Führer* del *Volk* alemán. El *Volk* y el derecho en el nuevo Estado se hallan completamente unidos a través del movimiento nacionalsocialista. Como escribe Schmitt, existe una triple articulación de la unidad política: “La unidad política del Estado presente es la *unión de tres articulaciones*: Estado [*Staat*], movimiento [*Bewegung*], pueblo [*Volk*]” (Schmitt, 2005: 264). La vida biológica del *Volk* alemán está unida al nuevo Estado constitucional alemán a través del movimiento nacionalsocialista, el cual lo vincula politizándolo, ya que para Schmitt el *Volk* se ha vuelto “impolítico”. La democracia liberal lo ha neutralizado, es por ello que sólo el movimiento puede volver a despertarlo como unidad política en la relación entre las tres articulaciones. Es así que —como explica el jurista alemán— las tres series no se encuentran en la misma línea, sino que es el movimiento el que sostiene al Estado y al *Volk*, es quien los penetra y conduce.

Para Schmitt, el Reich —“unidad política del *Volk* alemán”— sólo es posible de comprender con la ayuda del triple acuerdo entre Estado, movimiento y pueblo. Ahora bien, finalmente agrega Schmitt, que la conducción entendida como *Führer* y la igualdad de especies son conceptos fundamentales del derecho nacionalsocialista. De esta manera, establece un vínculo directo entre la vida biológica, específicamente, la vida biológica del *Volk* alemán, y el Estado de derecho que conforma al Reich: “Igualdad de especie del pueblo alemán unido en sí es el presupuesto y la base indispensable para el concepto de la dirección del pueblo alemán [...]. Sin el principio de la igualdad de especie el Estado nacionalsocialista no podría existir, y su vida jurídica no sería pensable” (Schmitt, 2005: 307).

El Estado alemán y el *Volk*, a través del movimiento nacionalsocialista, consagran el vínculo entre derecho y vida biológica. Eso es lo que hace al Estado nazi, a su particularidad y a su singularidad como unidad política, único en Occidente. Sobre esta idea el filósofo italiano Giorgio Agamben dirá que “la separación del cuerpo judío es producción inmediata del propio cuerpo alemán, de igual manera que la aplicación de la norma es su producción misma” (Agamben, 1998: 221). Es así que las Leyes de Nuremberg producen una escisión entre los ciudadanos alemanes. Dividiéndolos en ciudadanos de pleno derecho y ciudadanos de segunda categoría.

A través de estas leyes el Estado nazi buscaba profundizar la relación entre pueblo, sangre, territorio y derecho. Es por ello que son las leyes constitutivas de la nueva demarcación de la ciudadanía alemana. Como lo define una sentencia redactada el 14 de octubre de 1938, en la que, según el Tribunal Supremo del Reich, la finalidad de la ley no es otra que “proteger la sangre como un organismo vivo que circula en el pueblo alemán” (Neumann, 2005: 141). Porque para el pueblo alemán la pureza de la sangre es su condición de persistencia, existencia y ciudadanía.

Giorgio Agamben ha buscado continuar algunas de las palabras de Foucault, considerando el lugar específico en donde se produce la utilización prístina de la biopolítica: los Estados totalitarios del siglo XX, en especial, de la Alemania nazi. Es allí donde el poder

soberano, nuevamente en el centro del debate contemporáneo, se hace cargo biopolíticamente del hombre. ¿Cómo? A través *del estado de excepción* y el *campo* como las lógicas políticas matrices de la modernidad.

Agamben parte del nazismo para construir sus postulados teóricos. Encuentra el nazismo como el fenómeno biopolítico determinante del siglo XX, ya que en él —explica— se une la existencia del campo de concentración como expresión del estado de excepción (*nomos* oculto de la política moderna) y la noción de *nuda vida*, aquella vida pura, y desprovista de toda forma, simple vida biológica, que queda en entredicho entre excepción y poder soberano. Como señala el autor, “en su forma extrema el cuerpo biopolítico de Occidente [...] se presenta como un umbral de absoluta indistinción entre derecho y hecho, norma y vida biológica”. Y es así que “en la persona del *Führer* la *nuda vida* se muda inmediatamente en derecho, así como en el habitante del campo de concentración [...] el derecho queda indeterminado como vida biológica” (Agamben, 1998: 238).

Nada es más claro como síntesis del pensamiento de Foucault sobre el carácter biopolítico y racial del nazismo (en donde se restablece el derecho soberano arcaico en la figura del *Führer* y del *Volk* alemán), el lugar en donde Agamben resitúa la *nuda vida* (en el derecho personificado del propio *Führer* y su sacralidad en la consagración del *Homo sacer*) y el planteo que aquí realizamos sobre el posible carácter teológico-político del nazismo, como el juramento al que tuvieron que prestarse los miembros del ejército alemán luego de la muerte de Hindenburg: “Hago ante Dios este juramento sagrado: que obedeceré incondicionalmente a Adolf Hitler, *Führer* del Reich y del pueblo, jefe supremo del ejército, y que, como soldado valiente, estaré dispuesto en todo momento a arriesgar mi vida por cumplir este juramento” (Neumann, 2005: 109)<sup>2</sup>.

Finalizando el primer volumen de *Homo Sacer*, Agamben da cuenta del valor de la política sobre la idea del pueblo-nación alemán, desde el análisis de algunos documentos nazis de 1942. Ya desde el título del apartado, “Política, es decir, dar forma a la vida de un pueblo”, nos presenta este vínculo radical de la mano del poder soberano en la constitución de la idea de pueblo.

Según la lectura y el análisis que Agamben hace de los documentos del Tercer Reich, llega a la conclusión de que la modificación que trajo consigo el nacionalsocialismo fue que la base de una nueva política estaba sostenida en el patrimonio viviente de un pueblo. Es por ello que “los principios de esta nueva biopolítica —dice el filósofo italiano— están dictados por la eugenesia, entendida como la ciencia de la herencia genética de un pueblo” (Agamben, 1998: 184).

Desde esta lectura eugenésica del nazismo, podemos decir que el objetivo nazi fue el fortalecimiento de la salud del conjunto del pueblo alemán, eliminando, para ello, todas aquellas influencias que fueran nocivas para el desarrollo biológico de éste. A través de esta lógica podemos ver de qué manera se ha indistinguido la noción de política (entendida como lucha contra los enemigos exteriores e interiores del Estado) y la noción de policía (como cuidado y crecimiento de la vida de los ciudadanos). Esta indistinción nos lleva a entender que bajo “motivos eugenésicos y motivos ideológicos, cuidado de la salud y lucha contra el enemigo” (Agamben, 1998: 186), ahora como categorías todas ellas indiscernibles, se

estructura la separación y el exterminio hacia el pueblo judío. Entendiendo el carácter policial de la manera de actuar de las SS, es más claro comprender de qué forma fue posible el exterminio de todo aquello que, según ellos, infectaba la salud del *Volk*.

Agamben entiende este “dar forma a la vida del pueblo” (citado de las palabras de un texto sobre la ideología nacionalsocialista de O. Verschuer de 1936) como la novedad biopolítica moderna, ya que en ella la vida del pueblo se convierte en “sujeto objeto de la política estatal”. Este elemento, dentro de la lógica que aquí intentamos describir, sólo fue posible encontrarlo en aquel pueblo que se transformó en la nación-del-mundo por antonomasia, o sea, la Alemania nazi. Esto es lo que Agamben considera que fue la catástrofe del nazismo, que “a través de una movilización total, hace de su herencia genética *natural* la misión histórica del pueblo alemán” (Agamben, 2005: 329). Es por ello que “el judío bajo el nazismo es el referente negativo privilegiado de la nueva soberanía biopolítica y, como tal, un caso flagrante de *Homo sacer*, en el sentido de una vida a la que se puede dar muerte pero que es insacristificable. El matarlos no constituye [...] la ejecución de una pena capital ni un sacrificio, sino tan sólo la actualización de una simple posibilidad de recibir la muerte que es inherente a la condición de judío como tal” (Agamben, 1998: 147).

### III

La medicina se erige como un saber-poder que se aplica a la vez sobre el cuerpo y la población. De ahí que las metáforas médicas en el siglo XIX adquieran una importancia notable, bajo, por ejemplo, la forma de la higiene pública. Este modelo es producto de la toma que efectúan el poder y los gobiernos de la vida biológica del hombre. La vida deviene como nunca en una política de Estado fundamental, así como la búsqueda de la normalización, y la estandarización adquirió una gran envergadura. En este contexto se erige, podríamos decir, el nacionalsocialismo. Y es por ello como, en palabras de Rudolf Hess, “el nacionalsocialismo no es más que biología aplicada” (Esposito, 2006: 178).

Desde el análisis de Foucault sobre el nazismo podemos vislumbrar de qué forma el paradigma soberano y el biopolítico son reverso y complemento, uno del otro, en donde el racismo es el medio para esta superposición.

Mientras que el régimen soviético, según Esposito, tenía como trascendencia justificadora y legitimante a la historia y al progreso reversionado —un nuevo jacobinismo—, el régimen nazi hace uso de una trascendencia biológica. Es por eso que, si bien comparte con otros regímenes el mismo elemento biopolítico, sin embargo, el nazismo es radicalmente distinto. ¿En qué radica esta distinción? El nazismo, antes que intentar ser una filosofía realizada ya era una “biología realizada”, en donde encontramos que lo trascendente para el régimen es “la vida, su sujeto es la raza y su léxico la biología” (Esposito, 2006: 178). El nazismo entonces, se erige como una batalla contra el riesgo de contagio y contaminación.

Esta denominada biopolítica es la que posibilita el incremento de la vida biológica colectiva. Es la que potencia la vida de la especie humana —por medio de las herramientas ya nombradas—, buscando aumentar la duración y el rendimiento de la vida de los hombres.

Foucault, entonces, trae al análisis una nueva variable: el racismo. Según Foucault, es el racismo moderno —en la línea en que lo planteara Hannah Arendt— el que habilita el genocidio, el que justifica la aparición del antiguo derecho soberano en el moderno, “hacer morir para vivir”, para que el colectivo no se degenera. Porque no hay regeneración sino a partir de una degeneración anterior. La degeneración se erige como la coartada del genocidio<sup>6</sup>.

En este sentido, la teoría de la caída de las razas del conde de Gobineau es una pieza fundamental para entender la propia relevancia que tienen las teorías de la degeneración en el nazismo y en el siglo XX (Arendt, 1998: 234). No sólo porque en el nazismo hubiera habido un verdadero conocimiento de las teorías de Gobineau, sino porque éste respondía a un clima de época que postulaba que, frente a la mezcla de razas, siempre predomina la inferior, provocando la caída de la raza superior.

Es por ello que el racismo moderno, degenerativo, funciona como una pieza fundamental para que el viejo poder soberano de matar retorne en contexto biopolítico: “haciendo morir” para sustentar la normalidad que pretende mantenerse y/o establecerse para inmunizar al colectivo superior, frente al inferior, de la degeneración social y racial. Si la biopolítica es la que habilita —de la mano del racismo— el alzamiento del genocidio en su versión moderna, es porque incrementa las posibilidades genocidas, funcionando como herramienta de las intervenciones materiales sobre la especie, pudiendo delimitar, conocer y administrar las poblaciones. La eugenesia social es tan patrimonio de la biopolítica como de la modernidad. Y la eugenesia encierra tanta modernidad como la democracia parlamentaria, la televisión por satélite y los derechos humanos.

En condiciones biopolíticas, la muerte —a diferencia de la edad clásica— es convocada en nombre de la vida colectiva. Mientras “más mates al otro-enemigo, más fuerte serás tú: más inmune serás”. En la modernidad, se mata en nombre de la vida.

Es así que, siguiendo esta línea de pensamiento, el genocidio no fue resultado de la ausencia de “ética médica” sino, más bien, de una ética transmutada en su opuesto. Es por ello que solamente a través del asesinato de la mayor cantidad posible de personas “peligrosamente contagiosas” se podría restablecer la salud de aquellos que representaban a la “verdadera Alemania”.

En ese sentido, desde la perspectiva nazi, mientras los gérmenes-sociales infectaban el cuerpo del pueblo alemán, cualquiera en su mera existencia, por el hecho de existir, se erigía como una amenaza contra el Tercer Reich, incluso, los mismos alemanes puros de raza que se oponían o “infectaban” al pueblo por sus posiciones políticas, ideológicas, sexuales y que de esa forma negaban la flamante re-organización político-genético-cultural que se estaba estableciendo. Es así que el genocidio era concebido como instrumento de la regeneración del pueblo alemán, donde la biopolítica funcionaba como una herramienta fundamental y, en ese sentido, la metáfora biológica va más allá de la “cuestión judía”. Tanto la persecución política como la sexual son pensadas en base a un biologicismo moderno, aunque sólo sea metafóricamente.

Se estaba identificando como enfermo no al individuo, sino al pueblo alemán en su conjunto. Es precisamente por ello que su curación requería la muerte de todos aquellos que con su mera existencia amenazaban su salud<sup>7</sup>.

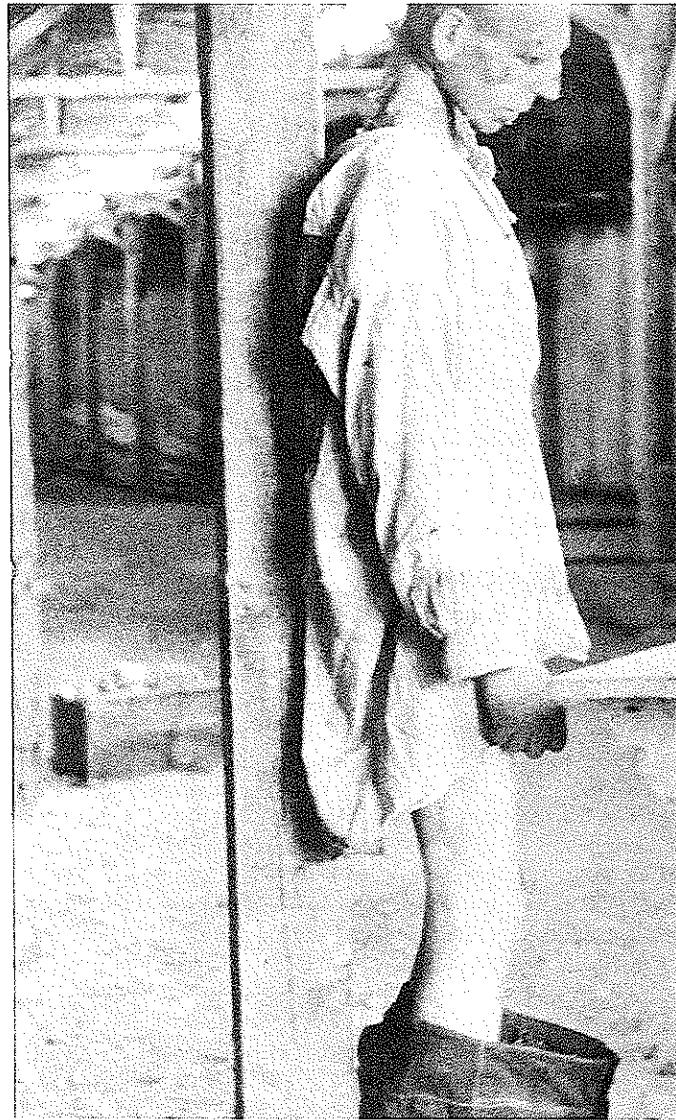
En este sentido es que no debemos desconectar esta tendencia hacia el cuidado de lo viviente con las prácticas de eugenesia y eutanasia generalizadas. Porque si el régimen nazi formó parte de la modernidad, es debido también al peso que tuvo la propia biopolítica en los doce años que el nazismo azotó el continente y amenazó al mundo. Sin las técnicas biopolíticas no hay nazismo posible.

Y ése es justamente uno de los dramas de la modernidad y del desarrollo técnico. La técnica misma encierra un conflicto interno en potencia: cualquiera puede hacer uso de ella. Podemos utilizar herramientas biopolíticas tanto para enriquecer la vida como para disiparla, al servicio de la muerte. Considerando con ello que, en realidad, toda política de la muerte es una política de la vida. Porque detrás de toda *tanatopolítica* —de toda política de la muerte— está la vida a ser salvada. Y, al mismo tiempo, detrás de toda política de la vida, por la vida y supuestamente para la vida, está la moral sacerdotal de la que tanto nos alertaron Baruch Spinoza y Friedrich Nietzsche. Una moral sacerdotal que vive del negocio de la tristeza, que en clave biopolítica puede traducirse como una dependencia ya no sólo espiritual, sino también biológica. Una dependencia signada por la extorsión de quien busca tener el monopolio de la vida, de quien parece haberse apropiado de un secularizado don de la creación, en manos de quien logra “hacer vivir” hasta cuando mata.

La muerte es entendida como un sacrificio que purifica al colectivo, que lo salva. La muerte en este sentido es donadora de vida. Y por eso mismo es inquietante e incómodo pensar a fondo el nazismo y las prácticas genocidas. Porque el nazismo no es un paréntesis en la historia del progreso de la civilización occidental. El nazismo es una posibilidad de la modernidad técnica. Porque una de las numerosas razones por las cuales son, para nosotros, tan desconcertantes el nazismo y el estalinismo —como dice Foucault— “es que emplearon ampliamente las ideas y los mecanismos de nuestra racionalidad política” (Foucault, en Dreyfus y Rabinow, 2001: 241).

La biopolítica garantiza el genocidio moderno, sin ser sinónimo de genocidio. De igual forma que Zygmunt Bauman decía que el Holocausto es parte de la modernidad (Bauman, 1997: 9), sin que esto quisiera decir que la modernidad fuera sinónimo de Holocausto, el genocidio es biopolítico sin que toda biopolítica sea igual a genocidio.

El genocidio moderno es tan biopolítico como la vacunación colectiva y el control de natalidad. Justamente ahí radica el drama de la modernidad: el donar tanto la prometeica cura como así también la titánica catástrofe. Ése es el drama de la modernidad y ésa también constituye nuestra tragedia, donde todos viajamos en el mismo barco.



“Frente al colorido infierno siberiano se alza el gris infierno europeo, ese infierno que en el siglo XX aparece en las obras de Kafka y de Beckett, en el *Stalker* de Tarkovski, en la destrucción mecanizada y por tanto impersonal, en el auto-olvido aparentemente definitivo provocado por la técnica”.

LÁSZLÓ FÖLDÉNYI

<sup>1</sup> Foucault señala que en los siglos XV y XVI se designa como policía a una forma de comunidad regida por la autoridad pública, una especie de "sociedad humana" regida por un poder político. Mientras que a partir del siglo XVII se comenzará a denominar como "policía" al conjunto de los medios a partir de los cuales es posible potenciar las fuerzas del Estado, al mismo tiempo que se mantiene el buen orden de éste. La policía es, según algunos de sus grandes teóricos, el arte del esplendor del Estado.

<sup>2</sup> Recordemos aquí que *munus* viene de común (de ahí comunidad) mientras que *in-munus* implica su negación (de ahí la inmunidad).

<sup>3</sup> Para comprender al nazismo es también fundamental hundirse en su propia lengua, la *Lingua Tertii Imperii*. Para esto es preciso recordar la notable obra de Victor Klemperer *LTI. Notizbuch Bines Philologen*. La tesis fundamental de Klemperer postula que el lenguaje saca a la luz todo lo que las personas pretenden ocultar, porque la esencia –política y teológica– queda al descubierto a través del estilo del lenguaje utilizado. En ese sentido, Klemperer encuentra un dinámico sistema lingüístico en permanente reformulación, en construcción, atravesando las mentes de los habitantes del Tercer Reich, localizando –al mismo tiempo– una intensa homogeneidad y uniformidad entre lo dicho y lo escrito. Entre lo decible y lo invisible. Según Klemperer, el lenguaje tenía un peso imponderable en la conformación de la legitimación del Tercer Reich y en la propia construcción del régimen. En este sentido, Victor Klemperer descubre que el lenguaje del nazismo funciona de forma tal que se va propagando, "intoxicando" –en palabras del autor– sobre quienes habitan Alemania. Más allá del antisemitismo y del grado de nazismo que cada cual posea, la lengua del nazismo va siendo interiorizada, conquistando las conciencias de quienes encuentra a su paso.

<sup>4</sup> Para ampliar la lectura sobre la relación entre Carl Schmitt y la dimensión teológica, véase el análisis que Tomas Borovinsky realiza en "Carl Schmitt: entre teología y neutralización político-estatal", en Emmanuel Taub y Tomas Borovinsky, *En torno al pensamiento político de Carl Schmitt: excepción y neutralización*, documento de trabajo n° 187. Universidad de Belgrano, Buenos Aires, 2007.

<sup>5</sup> Para un análisis sobre el carácter teológico-político del nazismo y su relación con el pueblo judío como pueblo-de-Dios véase Emmanuel Taub (2008): *La modernidad atravesada. Teología política y Mesianismo*, Buenos Aires, Miño y Dávila.

<sup>6</sup> Para una análisis de la relación entre las contradicciones de la modernidad y las prácticas sociales genocidas véase Daniel Feierstein (2007), *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

<sup>7</sup> Es interesante recordar, por ejemplo, el destacado papel que tuvo en el nazismo la lucha contra el cáncer (Proctor, 1999). Como también ha marcado Roberto Esposito, "los nazis lanzaron la más poderosa campaña de su época contra el cáncer, restringiendo el uso de asbesto, tabaco, pesticidas colorantes, alentando la difusión de los alimentos integrales y la cocina vegetariana, y alertando acerca de los efectos potencialmente cancerígenos de los rayos X" (Esposito, 2006: 183).

## BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, Giorgio (1998): *Homo Sacer*, Valencia, Pre-Textos.  
 — (2005): *La potencia del pensiero. Saggi e conferenza*, Vicenza, Neri Pozza Editore.  
 ARENDT, Hannah (1993): *La condición humana*, Barcelona, Paidós.  
 — (1998): *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus.  
 ARIÉS, Philippe (2007): *Morir en occidente*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.

- BAUMAN, Zygmunt (1997): *Modernidad y Holocausto*, Madrid, Sequitur.  
 BENJAMIN, Walter (1993): *Baudelaire: poesía y capitalismo, Iluminaciones II*, Madrid, Taurus.  
 DELEUZE, Gilles (1987): *Foucault*, Buenos Aires, Paidós.  
 — y GUATARI, Félix (2002): *Mil mesetas, capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos.  
 ESPOSITO, Roberto (2005): *Immunitas, Protección y negación de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu.  
 — (2006): *Bios. Biopolítica y Filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu.  
 — (2006): *Biopolítica y Filosofía*, Buenos Aires, Grama Ediciones.  
 FEIERSTEIN, Daniel (2007): *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.  
 FOUCAULT, Michel (2001): *Defender la sociedad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.  
 — (2001): "El sujeto y el poder", en Hubert Dreyfus y Paul Rabinow, *Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Buenos Aires, Nueva Visión. 164  
 — (2003): *Historia de la sexualidad I: la voluntad de saber*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.  
 — (2004): *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.  
 — (2006): *Seguridad, territorio, población*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.  
 HITLER, Adolf (1998): *Hitler Zweites Buch. Ein Dokument aus dem Jahr 1928*, en *El Holocausto en documentos*, Jerusalén, Yad Vashem.  
 — (1998 [1925]): *Mein Kampf, en El Holocausto en documentos*, Jerusalén, Yad Vashem.  
 KLEMPERER, Victor (2002): *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Barcelona, Minúscula.  
 NEUMANN, Franz (2005): *Behemoth. Pensamiento y acción en el nacional-socialismo*, México, Fondo de Cultura Económica.  
 PROCTOR, Robert (1999): *The nazi war on cancer*, Princeton, Princeton University Press.  
 SCHMITT, Carl (2005): *El concepto de lo político*, Madrid, Siglo XXI.  
 — (2005): *Un giurista davanti a se stesso. Saggi e interviste*, Vicenza, Neri Pozza Editore.  
 TAUB, Emmanuel (2008): *La modernidad atravesada. Teología política y Mesianismo*, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores.  
 — y BOROVINSKY, Tomas (2007): *En torno al pensamiento político de Carl Schmitt: excepción y neutralización*, Buenos Aires, documento de trabajo n.º 187, Universidad de Belgrano.

